

## Cuentos del paraíso de las islas

08

### 08-final- Los hijos del agobio

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 05/03/2023

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

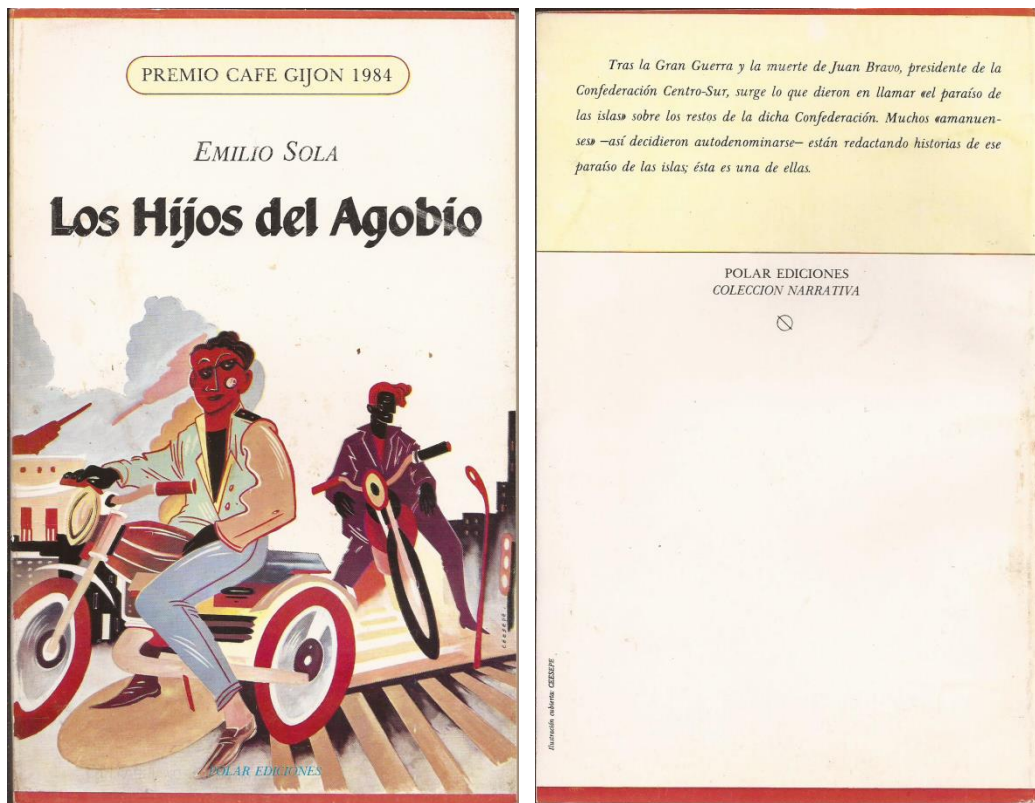
# Cuentos del paraíso de las islas

08

## 08-final- Los hijos del agobio

“Los hijos del agobio” fueron publicados en 1984 por la editorial Polar de Madrid, al ganar el premio Café Gijón de novela corta de ese año. Su tiempo literario es algo inconcreto, tal vez en torno a la muerte de Gina Manfredi en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas, una por cada capítulo del relato, más otra con el final, con una nota del amanuense que redactó la historia; años después de su redacción, algunos investigadores creyeron que el redactor podría ser uno de los personajes mismos de la historia, el Yoniyón:

8-1, 8-2, 8-3, 8-4, 8-5, 8-6, 8-7 y 8-8



## FINAL

El amanuense considera que ha cumplido, con mayor o menor acierto, el compromiso que hace un tiempo adquiriera con el colectivo de amanuenses en la reunión de la isla de Patmos. Algunos colegas con los que se ha comunicado y a quienes ha pasado el texto para lectura antes de pasarlo al segundo amanuense, mecanógrafos, tipógrafos y largo etcétera de la cadena, le han sugerido que –aún guardando el anonimato que desea y es conveniente– añada algunas líneas sobre sí mismo y el techo final del viaje del grupo aquí presentado.

En cuanto a lo segundo, es fácil y aquí va.

El primer grupo o banda desgajada del grupo original, con la Mata Maxa al frente, viajó hacia el sur. No pudieron localizar el tesoro que el viejo ex-vaquero gallego Falín dibujara en un plano, copia del cual llevaba Tutankamon en su macuto, pero a nadie extrañó; tal vez les hubiera extrañado más haberlo encontrado. Cruzaron mar por su parte más angosta, hasta Tánger, con no poco miedo al saberse bajo él, pero sin enterarse apenas pues el túnel construido estaba muy bien hecho y bien iluminado. Llegaron a Zeralda sin accidentes reseñables y allí se quedaron unas cuantas semanas y la Velita tuvo un niño a quien llamó Fitipaldi Colocado.

Yoniyón y Kakadín llegaron a Argel en el galeón de Antonio, en travesía sin novedad para ellos inolvidable, y en la

casa-jaima de Zeralda se apalancaron ya no semanas sino meses.

Niñato, J. L. Recio, Tetas y Chapa, en las dos motos restantes del grupo primitivo, viajaron por la costa hacia el norte y luego al este, se quedaron muchos meses en la zona de la costa azul, tiempo bastante tormentoso y con innumerables aventuras divertidas que tal vez dé a luz otro amanuense un día, se perdieron por Italia, se separaron y se encontraron en Split o Spalato, durante un tiempo lugar de atracción para tantos grupos de agobiados, se volvieron a separar en Dubrovnik, la antigua Ragusa, se encontraron en Estambul en los albergues que habían sido preparados para acoger a la verdadera masa ya de hijos del agobio camino de Esmirna y, una vez en esta ciudad, no habrían de separarse más.

Cuando Yoniyón y Kakadín con su nueva banda y Mata Maxa con la suya llegaron a aquella ciudad con el grueso de los equipos técnicos y de organización —la Mata había de llegar a ser la reina de las relaciones exteriores, la Kaka gran jefa de tantos barrios modulares de hijos del agobio—, ya los cuatro colegas eran expertos en viajes de recuperación de agobiados por el interior de Asia y territorios de la Unión Roja y Rusia, su cuarteto uno de los más temidos y respetados y uno de los de historial más brillante y legendario.

De Bocanegra nunca nada más supo este amanuense. Se le despistó su itinerario por el cada vez más complejo paraíso de las islas, aunque no es sorprendente que un día salga en las páginas de otro.

En cuanto a Roqui, tuvo un destino muy diferente al del resto de los compañeros de inicio de viaje. El y Patxi Tolosa, o Mustafa, se enrolaron —ya sin escayola el primero— con una divertida cuadrilla procedente de un circo de paso que se había quedado para siempre en la zona del chiringuito de Eulogio y durante meses dieron al gimnasio una marcha disparatada que había de ser muy recordada y celebrada. Pasaron por la casa-jaima de Zeralda, por Túnez y Sicilia, y el Roqui —Patxi Tolosa entraría en la espiral sin fin de la construc-

ción de paraísos en innumerables pequeñas islas— llegaría a conocer y a convivir muchos meses, años incluso, con su admirado Mario Pinto Godinho justo en los tiempos iniciales de formación de comunidades —que luego llamarían de cavernícolas— en la costa dálmata. Visitó Esmirna en dos ocasiones solamente, en expediciones de cavernícolas, pero ya no era en realidad más que un ex-agobiado. Como yo.

Respecto a la primera sugerencia que me hicieran los colegas amanuenses, que añada algunas líneas sobre mí mismo, aún respetando el anonimato que deseo y es conveniente, se me hace arduo y bien difícil. Me limitaré a unas vagas consideraciones que se me ocurren sobre el año de mi incorporación a las bandas de hijos del agobio que se estaban formando por doquier. En mi caso, fue el año siguiente al de la gran guerra, en la que ni yo ni mis colegas de entonces habíamos participado activamente aunque sí, como es lógico, sufrido de alguna manera. Era un año particularmente aciago, de general desmoralización, y sobre todo en mi región de origen, para la que la Gran Confederación había significado una de las pocas posibilidades de superar sus fantasmas históricos de culturas diversas enfrentadas y noche colonial.

El movimiento o tendencia general de los chavales de mi región y ciudad era hacia fuera, hacia el admitir de fuera y enviar y salir. Pero había recalcitrantes reacios que hablaban de «lo nuestro» como único o mejor, con un canto a lo propio que podía llegar a ser irracional y con una ignorancia de lo ajeno que rayaba en lo cómico en ocasiones. «¡Dicen que tienen rabo!», e intentaban adivinárselo bajo la camisa holgada o marcándosele en la culera. Los chavales que veían con agrado lo de fuera y los que defendían «lo nuestro» tenían, por otra parte, buenas relaciones, aunque los primeros se reían de los segundos cuando decían tonterías por mera ignorancia. Se veían en inferioridad psíquica, sin embargo, en numerosas ocasiones si lo que llegaba de fuera tenía matices agresivos o despectivos hacia «lo nuestro»; en ese caso dudaban, sobre todo los que no tenían muy claro el por qué

de la atracción de lo de fuera, y temporalmente se convertían en defensores de lo propio en exclusiva, con matices hasta violentos en su defensa si lo agresivo o despectivo de lo ajeno había sido muy hiriente.

La llegada de hijos del agobio, por entonces, suponía violencia inmediata en todos los chavales; el año anterior, la semana siguiente a la gran guerra, sin embargo, uno se había enrolado con un grupo de agobiados y desde entonces no habíamos tenido noticias suyas; todos comprendieron por qué: era un tipo especial, normalmente defensor a ultranza de «lo nuestro», apasionado y bronco, con problemas fuertes de convivencia en su casa familiar y con los «mayores», cualquiera que fuera —maestro, guardias, compañeros mayores de trabajo, gente de más edad en general— su relación con ellos. Al principio le había atraído de los agobiados la posibilidad de organizar bronca gratuita: eran una disculpa perfecta para ello y, en ese caso, hasta los «mayores» veían con buenos ojos lo que en otras circunstancias condenaban; poco a poco, fruto de encontronazos y peleas, le había ido fascinando su mundo y tipo de vida, se había ido vistiendo como ellos —al principio discretamente, luego ya provocador—, habían comenzado a aumentar sus problemas con la gente, sobre todo con los defensores de «lo nuestro», sus antiguos compañeros, y con el primer grupo de agobiados que llegó al lugar, tras pelear con ellos toda una noche, desapareció un amanecer. Eso había sido todo.

Cuando un año después volvió a aparecer por el pueblo con otra media docena de colegas en cinco poderosas motos, tres muchachos del pueblo les acompañaron; uno de los nuevos agobiados que iniciaban viaje era yo. De los diez, siete habían de llegar a Esmirna, uno se había de quedar en alguna etapa del camino y dos habían de morir en la aventura. Pero es otra historia que alguien un día —no yo, parte interesada— deberá contar. Si es que interesa. Vale, y fin.

76

*El amanuense que recibió el encargo del colectivo de amanuenses —en su última reunión de primavera en la isla de Patmos— de redactar algo sobre «los hijos del agobio», ex-agobiado él mismo, aunque ya viejo, y residente, aunque por poco tiempo, en la isla de Samos y en Esmirna, quiere desligarse de sus compañeros de trabajo de pluma en la dedicatoria de este texto. A pesar del precedente sentado por Heliodoro el negro al terminar su historia con la pista de su nombre, este amanuense quiere conservar el anonimato; no así el de sus amigos que, de una manera u otra, alegraron los días que a la preparación de este cuento verdadero dedicara y a quienes les está dedicado el dicho cuento. Son éstos, entre otros, la sin par Esmeralda de Luis, tantas veces jefa de tantos grupos de viaje, aunque —al parecer por poco tiempo— sedentaria hoy en una bella y blanca ciudad costeña. A Nuri Bessayah y a Buabdallah Serguiui, aún en esa edad «en la que todo parece realizable», el corazón colmado de confianza. Y a algunos compañeros de la noche en la gran ciudad del interior, entre ellos a Miguel Velasco, poeta isleño de delicada pluma y perfil, y a su compañera Maite, tan animosa; a El-Hadi Zaitar, o Dyamel, y a Fífo Laje y su compañera, aquella noche en que, los tres, demostraron ser los mejores bailarines de la ciudad. Y a Isabel Manzananas, por nuestro reencuentro —¿recuerdas la isla?— tras tantos años. Y a Lolo Adrada y a la Fundación que llevará su nombre, tan recién nacida.*